

Sobre el desprecio de clase y de casta en política

Philippe Corcuff, Lilian Mathieu

Cuando los médicos también padecen, sin darse cuenta de ello, los mismos males que supuestamente deben diagnosticar y curar a los demás, se abre un amplio espacio para los ilusionistas y los charlatanes.

En política pasa algo parecido: profesionales de la política imbuidos de un incontrolado desprecio social no dejan de parlotear sobre el “*abandono de las clases populares*” y la “*autarquía de las élites*”, pretendiendo “*volver a dar la palabra al pueblo*”. Al mismo tiempo, una profesional de la política procedente de las clases acomodadas, Marine Le Pen, ha ido ganando puntos en los sondeos, haciéndose pasar indebidamente como una “fuera del sistema”.

En este contexto, la candidatura no profesional de un obrero de fábrica, Philippe Poutou, provoca el efecto divertido de un Jacques Tati [*creador de Mr. Hulot, uno de los personajes más populares, y hoy diríamos “políticamente incorrecto”, del cine de humor francés*] dentro de un bien dirigido juego de bolos, incluyendo a la impecable retórica en estilo “III República” del político “crítico” de la banda, Jean-Luc Mélenchon. De esta forma, el Nuevo Partido Anticapitalista (NPA), a pesar de una crisis autodestructiva de sus círculos dirigentes (¿cómo queriendo imitar con perseverancia los primeros minutos de los episodios de *Misión Imposible!*...), ha aportado la principal innovación a esta monótona campaña presidencial.

¿Cuántos de los pretendientes a la suprema magistratura han animado una batalla sindical que ha salvado millares de empleos, como es el caso de Philippe Poutou en la factoría Ford de Blanquefort? Esto no impide que los medios políticos profesionales de derechas y de izquierdas lo ignoren arrogantemente, se burlen de su “*incompetencia*” y/o ironicen sobre la “*torpeza*” de sus apariciones mediáticas. A la condescendencia de clase, de los ricos y los *enarcas* [*titulados de la École Nationale d'Administration, ENA, cantera de la élite de la administración pública francesa*], se acumula una arrogancia de casta, la del pequeño mundo de los profesionales de la política surgidos de esta clase dirigente o de las capas medias escolarizadas. Esto puede ser amortiguado con una falsa comprensión paternalista: “*es simpático este Poutou, pero en todo caso...*”. Encajan aquí dos lógicas de dominación: las relaciones jerárquicas entre las clases y la tutela de los representantes profesionales sobre los ciudadanos representados.

La suerte reservada a Philippe Poutou nos introduce en el corazón de los problemas políticos: no vivimos realmente en democracias, ni siquiera en democracias representativas, sino en lo que el filósofo Jacques Rancière denomina “*Estados de derecho oligárquicos*”, o podríamos llamar también regímenes representativos profesionalizados.

En este marco, “el pueblo”, en su doble forma sociológica (las “clases populares”) y política (las y los ciudadanos), es elevado a la cúspide en la retórica y despreciado en la práctica.

En esta restricción de clase y de casta de aspecto políticamente bienpensante, por desgracia no queda al margen la izquierda de la izquierda. Algunas de las más agudas críticas públicas de la campaña de Philippe Poutou han surgido, en una lógica kamikaze, de las filas del propio NPA. Sin embargo, la desvalorización social de esta candidatura atípica gangrena a los cuadros dirigentes de la mayor parte de los sectores de la izquierda radical. Esto se produce de forma insidiosa, en intercambios “*off*” y en internet, donde puede expresarse sin complejos una ironía acerba sobre el “*proleta*”, o incluso sobre “*el paleta que no sabe hablar bien*”. También quienes se toman por “jefes de la lucha de clases” pueden encontrarse en el lado equivocado: el de los estereotipos dominantes. Podemos así ver a adeptos de la “revolución ciudadana” fetichizar día tras día a un nuevo “hombre providencial”, y a militantes que proclaman su compromiso con la causa del “proletariado” abstracto volverse contra un obrero concreto que se atreve a ser candidato...

La mayoría de estas figuras de las izquierdas “críticas” explican además que para lanzarse a la carrera presidencial haría falta haber efectuado un largo recorrido como dirigente político. ¿No se dan cuenta de que están aceptando por su parte los argumentos de quienes convierten la política en un asunto de especialistas, en contra de las aspiraciones de las y los indignados del planeta? Seguramente no. Y el eufemismo oculta un desprecio social subyacente por medio de la confusa y supuestamente infamante acusación de “*obrerismo*”. Vienen hablando desde hace años de la “*emancipación de los oprimidos*” y todavía no han comprendido que ellos forman parte de los obstáculos que pretenden remover. A estos *caballeros Jedi* del anti-liberalismo y del anticapitalismo, como intuyó genialmente George Lucas en los personajes de *Star Wars*, “*el lado oscuro de la fuerza*” es una posibilidad que les come por dentro.

Pese a esta esquizofrenia y a zancadillas de todo tipo, podemos esperar que haya suficientes cargos electos comprometidos con las ideas democráticas y pluralistas como para permitir a Philippe Poutou alcanzar los quinientos patrocinadores requeridos [*firmas de cargos públicos que se necesitan para presentar una candidatura presidencial en Francia*]. La sabiduría popular de un Peter Falk en *Colombo*, que siempre acaba por ganarles la partida a los ricos arrogantes, podría ser útil para respaldar la crítica del capitalismo de Karl Marx. Necesitamos esta candidatura herética porque, paradójicamente, es la de un hombre corriente, en ruptura con la hueca agitación política (estimulada por el no-acontecimiento de la segunda campaña de Nicolas Sarkozy) y con el insípido conformismo (alimentado por la desbordante ausencia de imaginación de François Hollande) características de estas elecciones presidenciales de 2012.

Philippe Corcuff y Lilian Mathieu son sociólogos.

Traducción : *VIENTO SUR*